

Si amanece nos vamos

José Ramón Fernández

El animal

que llevo dentro

no me ha dejado nunca ser feliz

(F. Battiato)

ADELA.- Estoy a dos pasos, así que me puedes poner otra cerveza. Gracias, cariño. Seguro que Martita no tiene de nada, seguro que no hay una cerveza en toda la casa, y sé que en cuanto entre voy a tener sed. Se me va a empastar la boca como si se me hubiera llenado de harina de repente, porque me va a mirar con ese desprecio que tiene en los ojos y que es peor que todos los insultos. Un insulto sincero. Eso es. Un insulto sincero. No te dice que eres una mierda. Cree positivamente que eres una mierda. Eso es. Pero tengo que ir. No tiene a nadie. No es que yo sea nadie para ella. Yo nunca he sido nada importante en su vida, lo que pasa es que ahora no tiene nada más. La historia de Martita es una historia complicada. Alcánzame un cenicero, por favor. Yo no pinto casi nada, hago una colaboración especial, como dicen en las películas. Gracias, cielo. Estoy de visita en esta historia, no sé si comprendes, cariño. Claro que es importante para mí. Es muy importante para mí, mucho. Es lo más importante del mundo. Es lo que me ata a la vida. Me pongo estupenda, perdona, suena fuerte, pero es la verdad. Sí, pídeme otra. Lo he descubierto mirando la casa. Al llegar, he dejado el coche a unos doscientos metros de la casa, en la parte alta, donde la curva que deja ver el mar y las nubes, esa curva es un alivio después de tanta piedra y tanta piedra. Me he sentado en el

suelo, en el terraplén, que estaba húmedo todavía, y me he quedado mirando la casa, y he sabido que esa casa y lo que tiene dentro es lo único que me queda en este mundo, y a sé que es poco, no te rías, no seas cabrón, no es para reírse, te cuento lo que me pasa y tú me miras y te ríes. Anda, dame fuego y cállate o vete y déjame en paz. Está bien. Vale. Lo único que me queda. Así son las cosas, y si esa puerta no se abre para mí más vale que se abra la tierra en su lugar, que se abra la tierra bajo mis pies y que me entierren bien hondo, porque ni siquiera bajo la tierra iba a poder callarme y dejar de llorar. Porque Marta fue mi niña y yo fui su criada, y luego me equivoqué porque quise ser su madre, y a ves, su madre en tres o cuatro visitas al hospital, qué tontería. Casi no pisó la casa, el piso donde vivíamos su padre y yo. Lo

pasó mal en aquel sitio. Y luego su padre y yo viajamos a otro país. Y luego me hice vieja, y luego su padre me dejó y yo no tenía dónde caerme muerta y volví aquí y no pasé ni dos días en el pueblo porque tenía la sensación de que la gente se reía de mí. Sabía que Martita se había casado y era feliz, bueno, que estaba bien, y sabía que todavía tenía la casa de sus padres pero que no había vuelto nunca desde que la cerró su padre, ni siquiera la había querido usar para los veranos, o alquilarla. La casa era el sitio donde guardaba la memoria de su madre. Es normal que haya querido escaparse de los pésames y de la angustia y se haya escondido en la casa. En estos años yo le escribí algunas veces. Le escribí tres cartas. A ella, a Martita. No había ninguna excusa para ir a visitarla. Tú no necesitarás excusas, pero yo sí, mi vida, yo para esas cosas no sé hacerlo de cualquier manera, no me parece bien. No, no me pongas nada más, dime qué te debo. Las navidades. No, a eso te tienen que invitar, no puedes aparecer porque sí. Además, en esa época seguro que no estaban en la casa. Aquí no se queda nadie en Navidades. Que paséis buena noche. Claro, lo poco que queda. Adiós. Casi me he alegrado de lo del muchacho. Que Dios me perdone. Me alegré al rato, después de tomarme un vaso de *whisky* para relajarme. Me llené el vaso hasta el borde, como

les veía hacer a Martita y a su hermano, y al cabo de un rato me relajé y pensé que ésta era la ocasión para ver a Marta. Me bebí otro vaso y salí carretera adelante. Y aquí estoy. Me alegra tanto pensar que voy a cruzar esa puerta y voy a ver a Martita que se me olvida la pena por ese pobre muchacho que se acaba de matar, pobre criatura. Creo que voy despeinada. Me acerco y veo la sala grande por la ventana. Virgen de mi alma. Los años que viví en esta casa. Quiero decir los veranos, y luego cuando me casé con tu padre. Nunca me tocó tu padre antes. No miraba a nadie. Se moría de tristeza y no había nada más que tu madre en el mundo. Eso era la biblia. Tenía muchos defectos, los tiene, ahora más, por viejo, pero no sabía mirar más que a tu madre.

Cuando no miraba a tu madre miraba al vacío, a un punto delante de él, a media altura, como si estuviera viendo un saco de basura o un perro muerto. Desazón. Eso era lo que tenía en los ojos, desazón y tristeza. La primera vez que tu padre me miró a los ojos fue el día que nos encontramos a la puerta del hospital, el primer día que fui a visitarte. Lo encontré fuera. Era un día húmedo, con nubes muy cargadas, y tu padre estaba en la acera de enfrente del hospital, apoyado en una acacia, mirando la cuestecita de arena que subía hacia la entrada del hospital. Luego supe que pasaba por allí todos los días, aunque no entraba a verte casi nunca. Tu padre se echaba la culpa de lo de tu madre, como si alguien pudiera tener la culpa de eso. Las cosas no tienen culpa, las cosas pasan y no hay nada que hacer con ellas, quiero decir que si tu marido no llevaba el cinturón no es una cosa como para pensar en culpas de nadie ni en historias parecidas. El muchacho se adormiló y se salió de la autopista. Eso le pasa a la gente. Tu padre hacía igual, se quedaba mudo mirando al frente como si estuviera viendo un perro muerto o algo así, y yo sé que pensaba en tu madre y en ti y en el loco de tu hermano, que a saber por dónde anda. Se me está acabando el tabaco. No. Hay otro paquete en el bolso. Seguro que nos va a hacer falta tabaco para pasar la noche. No sé por qué te estoy hablando de tu padre como si estuviera muerto. Es que estoy viendo la sala vacía a través

de la ventana, es que llevo un siglo aquí, de pie, en medio de la noche, en este porche de madera que me gustaba tanto, mirando la sala que está también a oscuras, y he pensado que os veía muchas tardes a los cuatro allí y me pareció que pensaba en fantasmas. Y ahora te veo bajar la escalera. No sé por qué no enciendes la luz. Puede ser que te hayas despertado ahora. Tienes en la mejilla la marca de una sábana. Buscas. Encuentras una botella de *whisky*. Siempre hay *whisky* en esta casa. Siempre hay un vaso y una botella en cualquier parte. Te tiemblan las manos. Te cuesta llenar el vaso. Ya estás otra vez como antes. Manchas la mesa. Te sientas. Miras el vaso. Lo vas a coger. No. Acercas tu boca y sorbes el *whisky* sin levantar el vaso de la mesa. Hija de mi alma.

MARTA.- Hoy he dormido más de tres horas seguidas. Hoy es un día de los buenos. Ha sido un día de los buenos. Adela. Esa sombra que está en la puerta y que no se atreve a entrar es Adela. Tiene el mismo aspecto que una bolsa de la lavandería. Gastada y sin forma. Como si la ley de la gravedad tuviera un contrato especial con ella. Como si su cuerpo tuviera que estar más atraído por la tierra que los demás. Tengo sed. Tengo que terminarme pronto esta botella. Este vaso sabe a polvo. Y sigue ahí. En la puerta. No le voy a decir que entre. Que se joda. Que lo pida. Que pida entrar. La hija de puta no se da cuenta de lo que hace. Se planta en la puerta como si fuera una aparición. Sabe de toda la vida lo de mis pesadillas. Pero es tan estúpida que no puede ser una aparición. Cuando se muera será un geranio, o una hortaliza de esas que comen los animales. Esa mujer no puede tener un espíritu dentro. ¿Qué haces aquí? No me mires de esa manera, no soy un cromo. ¿Qué pasa? ¿Tienes sed? No, tú no bebías de esto. Tú bebías cerveza. Las criadas beben cerveza. O a lo mejor te acostumbraste. A mi padre

acostumbró. Si se acostumbró a ti se pudo acostumbrar a la cerveza. Como me digas que vienes a darme el pésame rompo la botella y te la clavo en la cara. No te he dicho que entres. Es igual. Estás en tu casa. Al final fue tu casa, por lo menos un par de años. Esta botella ya ha hecho su servicio ¿Qué hora es? No, están fundidas. Todas las bombillas de la casa están fundidas. En realidad eran cinco. Cinco bombillas en toda la casa. El cabrón de mi padre tenía una bombilla en cada cuarto. La lámpara del salón tenía seis casquillos vacíos. Es una rata, el viejo. Ni luz ni leña. ¿Sabes dónde está? No. Qué vas a saber. Da igual. Si no da señales de vida está igual de muerto que los muertos. Igual de muerto que los muertos. Eso es. La televisión me sirve para iluminar esto.

Para no quedarme a oscuras. Hoy hay luna nueva, están borradas todas las sombras de este mundo, no hay contornos. Uso la televisión como lámpara. No sé por qué le llaman nieve a eso. Eso no se parece a la nieve. Es como un virus furioso que se estuviese comiendo a sí mismo. No soporto el ruido que hace. Necesito la luz pero no soporto el ruido. No te voy a preguntar a qué has venido. Si quieres estar ahí, sentada, con cara de imbécil, mirando como bebo, a mí no me importa. Allá tú. Seguro que no tienes nada mejor que hacer aparte de estar aquí y de morirte. Porque supongo que no te has muerto. Esta hostia que te voy a dar es para tocarte, para comprobar que estás viva y no eres un fantasma. Tienes

la carne tan blanda que pareces un fantasma, o algo peor. Esa piel, esa carne fofa de los mofletes, tiene el mismo tacto asqueroso que las telarañas o que los flanes de caramelo. No llores, hostia. Bebe algo. De la botella. No tengo ganas de buscar un vaso. Este sabe a barro y pasará lo mismo con todos los demás. Ahí está bien. Así tengo a dónde mirar, aparte de esa cosa furiosa de la televisión, y así se van pasando las horas. En la televisión había un monstruo simpático. A algún gilipollas se le ocurrió dibujar un monstruo simpático para mandar a los niños a la cama. Yo tenía tres años y ese bicho era lo más horrible del mundo.

Debía de tener dos o tres años. Salía ese animal y yo me iba corriendo al pasillo y metía la cabeza entre las piernas. Luego, no quería quedarme a oscuras en la habitación. Ahora es el lema de mi vida. Se apagan las luces, se encienden los sueños. Se apagan las luces y empieza el horror. Y no sé si cerrar los ojos o si dejarlos abiertos y empiezo a notar que la habitación totalmente a oscuras se va enfriando poco a poco y empiezo a sentir que hay alguien más en la habitación y que alguien me toca el pelo. Y pasan las horas y tengo ganas de mear pero no me atrevo a ir al baño porque tengo que andar por el pasillo a oscuras y luego en el baño me espera el espejo. Una manera de no volverme loca puede ser hablar con esta imbécil.

ADELA.- ¿Estás bien, cariño?

MARTA.- ¿Cómo te enteraste de lo del accidente?

ADELA.- Me llamó una mujer. Te llamó a ti. Debías de tener el teléfono de casa en algún carné. Te llamó desde el hospital.

MARTA.- A mí me llamó un encargado. No tenían por qué llamarme a tu casa.

ADELA.- No hables así.

MARTA.- Cómo.

ADELA.- No sé, pero dices eso de mi casa como si fuera un sitio para despreciar. Es la casa donde ha vivido tu padre cinco años. Puede que él guardara nuestro teléfono en su agenda, puede que conservase la misma agenda de entonces. Hace cuatro años sólo. Tú vivías en casa cuando empezasteis a salir.

MARTA.- No. Yo vivía en el hospital. A lo mejor y a no te acuerdas, pero hace cuatro años yo vivía en el hospital. Te tienes que acordar porque tú ibas a veces. Te veía desde mi habitación. Hablabas con una enfermera y le dabas paquetes. Nunca pasabas del patio.

ADELA.- No sé por qué tienes que decir así las cosas. Hablas siempre como si quisieras hacer daño. Seguramente una enfermera llamó al número que tenía en la agenda y otra llamó al otro número. Yo no tenía ese otro número, por eso no te he llamado.

MARTA.- A mí me llamó un hombre. El móvil estaba apuntado en la maleta. No tenían por qué haberte llamado.

ADELA.- Puede que no cogieras el móvil, puede que no estuviera conectado o le pasasen esas cosas que tienen esos aparatos, y entonces una enfermera encontró el teléfono de casa en esa agenda. Una enfermera con buena intención.

MARTA.- Está bien eso. Las buenas intenciones. Mi padre decía no sé qué de las buenas intenciones. A veces le llegaba un librito, comenzaba a leerlo y al cabo de un rato lo tiraba al suelo, como si fuera la ceniza de su cigarrillo. «Wishfull Thinking», eso era lo que decía. Buenas intenciones. El infierno está sembrado, eso lo decía mamá. Pero el demonio que pasea por esta casa está tan aburrido que no se ha molestado en confirmármelo. Tú eres un saco de buenas intenciones, por eso se fue mi padre. Te dejó caer como si fueras la ceniza de su cigarrillo.

ADELA.- Te has vuelto mala.

MARTA.- Será la edad. O será que no puedo dormir, que desde que soñé con el demonio no soy capaz de cerrar los ojos estando a oscuras. No sé. Por si me lo encuentro. En el sueño había luz. Estábamos ahí, en el cuarto de estar. Mi padre, mi hermano y yo. Tú no estabas, lo siento. Habíamos cenado. Mamá estaba en su habitación. Entró alguien. Vestía ropa oscura. Era una persona idéntica a mí. Más delgada. Me miró. Me sonreía. Alguien dijo «es el demonio». No recuerdo más. Pero ahora es uno más de mis miedos, como el de quedarme a oscuras y notar que alguien me toca el pelo, o el de mirar al espejo y ver que la que está en el espejo me sonríe, o ver a otra persona detrás de mí en el espejo. O no reconocer los ojos que me miran, que soy yo pero hay alguien más dentro de mí. Todo eso se va con la luz del día.

También se va si tomo seis pastillas como esta, pero esto último tiene la pega de no saber si voy a despertarme. Bueno, a veces no sé si eso es una pega ¿es una pega? Se llama orfidal y me la ha dado el médico, una buena persona, no te hace creer que le interesas, hace su trabajo. Me tengo que tomar una de estas otras todos los días, y si tengo problemas para dormir, el médico dice que tengo que tomar media de estas, pero solo si es necesario porque causan adicción. Es bueno conocer la causa de las cosas. En vez de media, me tomo seis. El único peligro es no despertarse. Pero la mayoría de las noches tengo más miedo a la oscuridad que a no despertarme. Y a lo que de verdad tengo miedo es a despertarme y que esté todo a oscuras. Eso sí es malo.

ADELA.- ¿Y si me quedo contigo?

MARTA.- ¿Para siempre?

ADELA.- Mujer.

MARTA.- Es que esto a lo mejor es para siempre. ¿Y si una noche no estás y me mato?

ADELA.- No digas eso.

MARTA.- Puede ser. ¿Sigues bebiendo cerveza?

ADELA.- Sí. Como cuando vivía con tu padre. La misma marca.

MARTA.- No muy fría. En vasos grandes. De la cuarta manera. Nunca en la botella. Hasta que os quedabais dormidos. Lo he intentado. Dos litros de cerveza y a sobar. Pero no puedo. Me dan arcadas, no me duermo, vomito y parece que el estómago me diera puñetazos desde dentro.

ADELA.- ¿Hay algo de cerveza en la casa, cariño?

MARTA.- No lo sé. ¿Dónde la guardabas?

ADELA.- La casa estaba llena de cerveza. Era lo único que no se podía acabar. Botellas de cerveza y aquel cesto de esparto lleno de cajetillas de tabaco. Y cargas de tinta para la pluma. Luego no escribía nunca nada y se le acababan secando. Cerveza y cigarrillos. Con no olvidarse de eso la casa podía seguir funcionando.

MARTA.- No fueron tan malos tiempos. A veces nos reíamos. Entonces también se bebía *whisky*.

ADELA.- El *whisky* era cosa de tu hermano.

MARTA.- Lo traía mi hermano y yo bebía. Tardaba más tiempo en darme las arcadas, más tiempo que con la cerveza. Cuando llevaba tres vasos de *whisky* me reía de las historias que contaba mi padre y de las payasadas que hacía mi hermano a todas horas. Entonces todavía vivía mi madre. No sé si te acuerdas.

ADELA.- Claro. Claro que me acuerdo y ella me lo dice para hacerme daño. No es que me odie, para odiarme me tenía que estar viendo y mira de una manera que da la sensación de no estar viendo nada y es que para ella soy menos que el barro que tengo en los zapatos y que no me he podido quitar porque ya no hay ni felpudo. Porque esta casa es una casa fantasma y da lo mismo el barro porque el barro lo va a llenar todo cualquier día de estos. Claro que me acuerdo de tu madre, yo quería a la señora y siempre procuré ayudarla a estar lo mejor posible. Lo hice incluso cuando tú no estabas para quererla tanto porque te mandaron a un hospital barato o para poder ahorrar para los médicos de tu madre.

MARTA.- Para poder ahorrar porque mi padre era un miserable. Me refiero al tipo que te dejó tirada, de ése seguro que te acuerdas mejor. Porque de mamá no te acuerdas.

ADELA.- Me acuerdo de su mierda y de sus vómitos y del olor del amoníaco para los suelos.

MARTA.- Te acuerdas del trabajo pero no te acuerdas de la pena, porque sólo puedes recordar a una mujer enferma, un cuerpo asqueroso, es normal, no puede ser de otra manera. Lo que puedes recordar son los últimos años y en los últimos años estaba tan parecida a una muerta que mi cabeza no necesita esforzarse para fabricar pesadillas. Qué palabra más gilipollas, pesadillas. Suena a plato regional con miel o cabello de ángel. Lo más importante que me pasa en mi vida son mis pesadillas. Malos sueños. Mal sueño. Sueño del

mono loco. Sueño oscuro. Mamá en el pasillo. No tengo más que cerrar los ojos y ahí está mamá, así de fácil es un mal sueño, un sueño de loco. Mamá en camisón, mamá descalza en camisón con su camisón blanco descalza con su camisón blanco y los brazos negros de tanto pinchazo y descalza con los brazos negros y los ojos de agua. Mamá querida. No necesito dormir para soñar con ella. Mírala, está a tu lado.

ADELA.- Ay. Ay qué susto. No te rías, no te rías y no mientes a los muertos y menos a oscuras y menos aquí. Tu pobre madre no puede ser un alma en pena con todo lo que tuvo que pasar tu pobre madre. Lo que merece es dormir para siempre y descansar y no tener más dolores ni más nada. Tú es que no tienes respeto a las cosas.

MARTA.- La verdad es que no. ¿Qué es eso?

ADELA.- ¿Qué?

MARTA.- Esa luz.

ADELA.- El alba.

MARTA.- Entonces hemos llegado. Hemos sido capaces. ¿Me das un cigarrillo?

ADELA.- Toma. Pero ya sabes.

MARTA.- Sí. Ya sé. Qué asco, dios. Siempre has fumado el peor tabaco que hubiera. Te has arreglado siempre para fumar la marca que peor sabía, la más asquerosa, siempre la peor de lo peor. Dios.

ADELA.- A mí me da igual.

MARTA.- Tienes que tener el paladar de madera. Ya empieza a asomarse el sol. Ya se van las brujas. Era un dibujo que tenía mi padre, un grabado de Goya. Lo tenía enmarcado, estaba en su despacho, en medio de todas sus fotos con gente importante que ya nadie sabe quienes son. Ministros y cosas. Era un dibujo de dos brujas horribles. Y debajo una frase. Si amanece nos vamos. Voy a ver si duermo un rato. Tienes varias botellas de cerveza debajo del fregadero. No están frías.

ADELA.- No importa. Gracias, cariño. Que duermas bien. Que duermas. No hay nada peor que el miedo. No hay nada peor que el miedo que no se puede contar. Cuando no sabes si pasan cosas horribles o si te has vuelto loca. El miedo a no poder decir tengo miedo de eso que veo en la pared y que a lo mejor no existe pero yo lo estoy viendo y no puedo dejar de mirar. Ese miedo. Lo mejor del mundo es no pensar. Beber una cerveza y no pensar. Beber cerveza de la cuarta manera. Sírvenme otra, cariño, y dame fuego, anda. Lo de la cuarta manera lo decía el hermano de Marta, que no sé lo que habrá sido de su vida. Se fue con un chico rubio muy agradable a viajar por Asia o por América me parece, no sé. Tan fría no me gusta la cerveza. Él lo decía para beber *whisky*, pero en casa se convirtió en una frase hecha. El *whisky* se bebe de cuatro maneras: solo, con hielo, con agua y como agua. Es un chiste, como agua. Me beberé otra cerveza y luego volveré a la casa para estar con Marta, para por si le hace bien estar con otra persona en aquella casa y no sola en aquella casa que parece que saliera de la niebla cuando se hace de noche. Dentro de una hora será de noche, así que ponme otra cerveza, cariño, que me tengo que ir.

Madrid, 2000